

De la
a la

plantación
penitenciaria

un destino en forma de P, según

Wynton Marsalis

Tras un camino marcado tanto por el liderazgo indiscutible cuanto por el anclaje en el pasado, y el paralelo desentendimiento de su labor por parte de las nuevas generaciones de improvisadores, a **Wynton Marsalis** parece haberle llegado la hora de reorientar su carrera desde Blue Note. La realidad y el deseo pocas veces confluyen, aunque el discurso abiertamente crítico de *From the Plantation to the Penitentiary*, cuarto trabajo para la casa de la nota azul, quisiera cambiar las cosas.



Cuando un día no muy lejano se escriba la historia secreta del Jazz, habrá que arrojar luz sobre ciertos fenómenos incompresibles para el común de los mortales. Entre los que deberán abordarse con mayor urgencia se encuentra el análisis de la figura del trompetista Wynton Marsalis, nacido en Kenner (Louisiana) el 18 de octubre de 1961. Cuando digo secreta quiero decir esa suerte de inmersión historiográfica en aquello que escapa al entendimiento más sensato, pues de ningún otro modo puede catalogarse la carrera y hallazgos de Wynton Marsalis que no incluya la palabra misterio en el asunto. El secreto es un misterio que comparten unos pocos, cuando no sólo el interesado. Al contrario que el famoso narrador de Javier Marías, aquí y ahora queremos saber, aunque acabemos no sabiendo, que todo puede ser.

LOS PORQUÉS Y LOS DÓNDES

Queremos saber, sin ir más lejos, por qué uno de los músicos de mayor proyección y técnica de la historia reciente de la música —pongamos tres décadas— ha tenido un peso tan escaso en la expansión de su arte, en los modos de imaginar e interpretar la música por quienes debieran ser los herederos naturales de las piezas del compositor. Interesa averiguar dónde reside el genio que hace extraer sonidos inimaginables de lo que para muchos es un simple embudo metálico con pistones. Se hace acuciante descubrir los motivos por los cuales el anacronismo se ha instalado con tanta viveza en los modos vitales del personaje, cuando todo hacía sospechar que nos encontrábamos ante el renovador mejor dotado de su generación, heredero directo de Louis Armstrong, Duke Ellington y Dizzy Gillespie. En cualquier caso, importa saber más para entender mejor, lo que nunca se da por garantizado, pero ayuda.

Algo ha debido pasar desde que Wynton debutara en la CBS con su álbum homónimo (*Wynton Marsalis*, 1981), en el que se rodeaba de lo que fue llamado el VSOP II, es decir, Tony Williams, Ron Carter, Herbie Hancock,



“A PESAR DE TRATARSE DE UN EXCELENTE COMPOSITOR,

AMBICIOSO, IMAGINATIVO

Y TÉCNICO A PARTES IGUALES,

SU PERSONALIDAD MÁS ÍNTIMA

NO HA TRASCENDIDO A SU

MÚSICA”

su hermano Branford y él mismo, hasta el día de hoy, cuando presenta *From the Plantation to the Penitentiary*, acompañado por la vocalista Jennifer Sanon, el saxofonista Walter Blanding, al piano Dan Nimmer, mientras que Carlos Henríquez y Ali Jackson —ambos del primer cuarteto del trompetista para Blue Note— se encargan respectivamente de las labores de bajo y batería. La diferencia de personalidades entre una y otra grabación es notable, así como la expectativa del oyente, que se ha disuelto con el paso de los años. Podía suponerse que el cambio de discográfica tras su marcha de Columbia hubiera comportado un giro en la trayectoria de Marsalis, pero las cosas permanecen inmutables cuando uno no prevé cambiar lo que se tiene entre manos. El título ya es suficientemente significativo: el músico vuelve la vista con malestar a los problemas

acuciantes de Estados Unidos post-11S y post-Katrina, todavía envueltos en un falso sueño de prosperidad y felicidad, pero problemas a la postre debidos al capitalismo feroz (¿le pasará lo que a las Dixie Chicks?). En uno de los siete cortes de la nueva grabación, *Where Y'all At?*, es el mismo Marsalis quien toma la palabra para requerir la implicación responsable de todos los líderes norteamericanos.

AMBICIÓN E IMAGINACIÓN

A pesar de tratarse de un excelente compositor, ambicioso, imaginativo y técnico a partes iguales, su personalidad más íntima no ha trascendido a su música. Acaso sea en *Standard Time, Vol. 3. The Resolution of Romance* (1990) donde se aprecie una mayor implicación emocional —¿será por la presencia de su padre en el proyecto?—, la misma intensidad que también se distingue en el *Blue Interlude* (1991). No en vano estamos en la etapa más fructífera y prolífica del músico, justo cuando se entrega en cuerpo y alma a formalizar su relación con la institución del Lincoln Center, primero como artista invitado y posteriormente como responsable del área musical y director de la recién estrenada por esas fechas Lincoln Center Jazz Orchestra, con la que pronto ganaría un Pulitzer —el primero conseguido por un músico de jazz— gracias al tríptico *Blood on the Fields* (1997); pero no es lo único.

De esas fechas queda el trabajo con el septeto para el ballet *Citi Movement* (1992), una pieza en la que sobresale tanto la dinámica inventiva que rodea al grupo como el atuendo extrañamente moderno del líder (es culpa de la época, pero la contraportada de *In This House on This Morning* (1993) con el septeto a la última tampoco tiene desperdicio). Y es que hay temporadas en que el gusto se atrofia hasta tal extremo que más vale dejar poca huella fotográfica de la tendencia.

Todo ello no importaría demasiado si no fuera por las declaraciones que más de una vez se le han oído a Wynton a propósito de las vestimentas de los músicos de fusión, y hasta de los jóvenes negros de barrio, que no sólo se visten y peinan de un modo distinto al de años precedentes, sino que “se empeñan en comportarse y escuchar música que no suena como la propia de nuestra cultura” (palabras del trompetista a Herbie Hancock en 1985). El mentor de Marsalis, el afligido Stanley Crouch, todavía iba más lejos cuando criticaba que Miles Davis se refiriera a Prince en su autobiografía como el nuevo Duke Ellington, pese a que para el prolijo ideó-

logo faltón, el genio de Minneapolis no era más que “una vulgar y subnormal dragqueen”. Ahí queda eso.

Si en 1986 Marsalis no tenía rival, pronto empezaron a surgir epígonos más o menos atentos que forzaron la máquina del jazz acústico —el defendido por Wynton— hasta reventar el patrón primigenio sin demasiados miramientos: quedaba claro que sólo podía haber un Wynton Marsalis, el resto debía forjar el camino alejados de la estela fagocitadora del maestro trompetista. Queda como epítome inmarcesible de la primera época el directo *Live at the Blues Alley* (1986), aunque durante esas sesiones ya sabía Marsalis que jamás volvería a tocar con tanta urgencia ni descaro, emulando y elevando a cotas de destreza inimaginables el legado del quinteto original de Miles.

OBSESIÓN POR EL PASADO

A pesar de que el doble en directo podría leerse como justa coda a las grabaciones del *Plugged Nickel* de 1965, la carrera del precoz trompetista empezaba a girar hacia territorios extremadamente conservadores. No únicamente por su trabajo en el entorno de la música clásica (Uri Caine ha hecho lo propio y véase la disparidad de resultado), sino por la influencia poderosísima del rey Ellington: si alguien debe ser el nuevo Ellington no será Prince sino Wynton. Acaso como despecho hacia su hermano Branford (véase el dispar tratamiento estilístico y formal para un mismo paisaje neoyorquino entre *Citi* y *Buckshot LeFonque*, 1994), y el malogrado pianista Kenny Kirkland que se habían fugado a los Blue Turtles de Sting, el trompetista bucea en el pasado de un modo obsesivo, revisitando el trabajo de los padres del jazz y asumiéndolo como propio. Alejadísimo de las nuevas tendencias del jazz de los 90, se dedica entonces a formalizar un discurso para el porvenir. Es cuando graba los ocho discos para la serie *Swinging Into the 21st* (1999). Por si fuera poco, deja testimonio múltiple y variado de su último grupo (1990-1994) en el *Live at the Village*

Wynton Marsalis

Vanguard (1999). Esa fue seguramente la gota que colmó el vaso: saltó por la fuerza de Columbia. Desde nuestra perspectiva, no quiso ser un Paco de Lucía, ni un Camarón, menos aún un Morente; lo suyo ha pasado por ser el abanderado genial de los clásicos, utilizando para el caso un discurso eminentemente politizado de pureza sanguínea cuando es lugar común el carácter de mestiza bastardía que marca los genes de la música que Wynton desea preservar. Suerte que como docente y embajador del jazz no tiene igual. El niño que no quería tocar la trompeta para que no se le deformaran los labios —y así ligar menos— se ha convertido con el paso de los años en un poderoso comunicador que también toca la trompeta, y cómo. Todavía es el segundo de los seis hijos de Dolores y Ellis Marsalis, pero es asimismo el hombre que quiere salvar América sin haber escuchado nunca a Sly Stone ni a D'Angelo, y así es muy difícil.

QUINTUBA JAZZ
CORDOBA 06/07

**II SEMINARIO
AULA DE JAZZ**

Conciertos en marzo
Viernes 16, de 17 a 21 h.
Sábado 17, de 10 a 14 h. y de 17 a 20 h.
Domingo 18, de 10 a 14 h.

Conciertos en abril
Sábados 7 y 14

AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
Área de Servicios Culturales y Turismo

Alhambra